

LA EFUSIÓN DEL ESPÍRITU EN LA IGLESIA DEL POSCONCILIO

PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.

«El Espíritu actúa en la Iglesia, tanto sacramentalmente, sobre todo por la Confirmación, como a través de los diversos carismas, tareas y ministerios que él ha suscitado para su bien» (JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, 1994, n.º 45).

A partir del Concilio Vaticano II se advierte en la Iglesia Católica un despertar pneumatológico, sobre todo en el nivel de experiencias suscitadas por el Espíritu, que ha gestado incluso un lenguaje vivencialmente renovado, el cual curiosamente era familiar ya en los ámbitos bíblico y patrístico de nuestra fe. En este contexto, se habla hoy con frecuencia de efusión del Espíritu Santo, ser bautizados en el Espíritu, nacer del agua y del Espíritu, etc. Este hecho provoca en nosotros la necesidad de la reflexión teológica en orden a enriquecer nuestro concepto y experiencia de las Efusiones del Espíritu, para lo cual vamos a confrontar las experiencias actuales con las opiniones de los maestros antiguos dignos de toda confianza¹.

El objetivo de nuestra reflexión es discernir el Concilio Vaticano II, como la ocasión de la que se sirvió el Espíritu Santo para gestar en la Iglesia Católica un nuevo Pentecostés², mejor dicho, una renovación del Pentecostés permanente. Por tanto, es necesario advertir cómo la sorprendente obra del Espíritu en la Iglesia Católica durante el Posconcilio no puede ser ocultada, ni confundida, por la obra del diablo. Estoy urgido personalmente por el gran problema creado en algunos católicos por el fraude existente en torno al Concilio Vaticano II; unos lo están interpretando y aplicando fuera de los cauces verdaderos y oficiales; otros, mezclando inadecuadamente lo bueno y lo malo en el

1. Cf. V. DE LERINS, *Commonitorium* I, 3: PL 50, 640-641.

2. Es sorprendente las muchas veces que el Papa Juan XXIII usó la expresión «nuevo Pentecostés» para hablar del Concilio Vaticano II. Cf. G. BENTIVEGNA, *Il Battesimo dello Spirito Santo. Testimonianze della Chiesa dei Padri*, Roma 1995, pp. 15-21.

posconcilio, están oscureciendo los signos de esperanza que surgen hoy por doquier en la Iglesia.

Una consecuencia deseada de nuestras reflexiones es redescubrir cómo se hace un cristiano, es decir, revalorizar una de las urgencias más importantes de la Iglesia actual, la renovación de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana, junto con el Catecumenado posbautismal y poscresimal que, quienes hemos sido bautizados y confirmados de pequeños, necesitamos recibir necesariamente para llegar a vivir la vida cristiana en estado normal³. Por otra parte, a nadie se le oculta la crisis preocupante que afecta actualmente en general a los modelos de Catequis de Confirmación.

Otra consecuencia de estas páginas es advertir cómo el Espíritu, destruyendo el mal y fomentando el bien, gesta la comunión de la Iglesia con su poder y con la íntima conexión de los miembros, dando espacio a los carismas, ministerios y las varias formas de participación del pueblo de Dios. Esto nos invita a acoger los carismas y promoción de la misión propia del laicado en la Iglesia, sin injerencias inadecuadas en el campo de los clérigos⁴. La unidad del Cuerpo de Cristo, garantizada por el ministerio apostólico, se funda en la acción del Espíritu Santo y se desarrolla aceptando las propias responsabilidades y la obediencia eclesial⁵.

Antes de desarrollar nuestra reflexión es preciso describir lo que entendemos por efusiones o misiones del Espíritu que acontecen no sólo en las celebraciones sacramentales, sino también fuera de la liturgia. Además, afirmamos que es preciso situar en Pentecostés, fruto de Pascua, la fuente y plenitud de todas las demás efusiones del Espíritu; Pentecostés es la fuente y la cumbre del misterio de la Iglesia y, en consecuencia, de la vida cristiana; de los sacramentos y de todas las gracias, dones y carismas con los que el Espíritu vivifica, fortalece y enriquece la Iglesia, santificándola.

El vocablo patrístico «efusión» alude a la manifestación pentecostal del Espíritu Santo en el ámbito del misterio de la Encarnación del Verbo, gracias a la cual se ensancha en nuestros corazones la inabarcable caridad, originándose una relación sorprendente entre Dios y el hombre y entre los hombres entre sí. Interpretamos la Efusión del Espíritu en la doctrina y en la vida de los Santos Padres, pues tienen para

3. «Por su misma naturaleza, el Bautismo de Niños exige un Catecumenado posbautismal. No se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona», *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.º 1231.

4. Cf. *Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes*, Vaticano, 15 de agosto de 1997.

5. Cf. Carta Apost. *Tertio Millennio Adveniente*, 36. 45-47.

nosotros un valor paradigmático⁶. La Palabra efusión, que significa una amplia, rica y abundante donación del don del Espíritu Santo, «consiste en un viento irresistible y abundante del Espíritu, fuente de profecía, de renovación, de bienes celestiales y de una experiencia honda de la belleza y de la verdad divinas»⁷. «En virtud de la efusión del Espíritu Santo el hombre llega a transformarse en un ser espiritual y perfecto»⁸. «Los espirituales no sólo ven y escuchan sino también han sido iluminados con el don del Espíritu y se alimentan participando del Cuerpo de Cristo gustando de la fuente inmortal»⁹.

1. EL MISTERIO PENTECOSTAL DE LA IGLESIA

El tiempo de la Iglesia tuvo comienzo en el acontecimiento de Pentecostés, cuando se cumplió con evidencia y con poder la promesa pascual de Jesucristo: «Recibiréis el poder del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el extremo de la tierra» (He 1, 8). Con la recepción del Espíritu los Apóstoles se sintieron llenos de fortaleza, y capaces de llevar a cabo la misión que Cristo les había encomendado; recibieron el poder y la misión de formar la Iglesia, como hogar y familia para el conocimiento y el amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. La efusión pentecostal del Espíritu confirió a los Apóstoles el principio de la vida sobrenatural, el Espíritu Santo derramado en los corazones, custodio que mantiene siempre viva la caridad en el corazón de la Iglesia.

«El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo, y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos. Con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece

6. Cf. K. McDONNELL-G.T. MONTAGUE, *Christian Initiation and Baptism in the Holy Spirit. Evidence from the First Eight Centuries*, Collegeville, Minnesota 1991 (existe versión italiana, 1993).

7. DÍDIMO EL CIEGO, *De Trinitate*, II, 6, 8: PG 39, 533-534; cf. *De Spiritu Sancto* 11: PG 39, 1044.

8. S. IRENEO, *Adversus Haereses* V, 6, 1: PG 7, 1137.

9. DÍDIMO EL CIEGO, *De Trinitate*, 2: PG 39, 717-718. Es importante la doctrina de Santo Tomás de Aquino sobre la misión de las Personas Divinas, es decir, sobre las misiones invisibles y temporales del Hijo y del Espíritu por medio de la gracia santificante; el Hijo es enviado como autor de santificación para manifestar al Padre, quien le envía; y el Espíritu es enviado como signo de santificación para manifestar al Hijo y al Padre, quienes le envían. Cf. *Summa Theologiae* I, 43. La misión invisible se dice sobre todo del aumento de la gracia, por la que alguien puede realizar un acto nuevo, o se sitúa en un nuevo estado de gracia, como los carismas de hacer milagros, profetizar o exponerse al martirio. Estas misiones no se hacen a los sacramentos, sino a las personas que por los sacramentos reciben la gracia. *Ibid.* 6, ad 2m y ad 4m. La misión invisible puede mostrarse en algún signo visible externo en orden a confirmar y propagar la fe. *Ibid.* 7 ad 6m. Los carismas son signos de la gracia santificante, aunque pudiera darse el signo sin lo significado. *Ibid.* 3 ad 4m.

con todos sus frutos a la Iglesia, a la que guía hacia toda verdad y unifica en comunión y ministerio. Hace rejuvenecer a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: Ven» (*Lumen Gentium*, 4). La Iglesia se presenta llena de esplendor cuando sus asambleas se revelan ricas en profecía, es decir, cuando hay bautizados intrépidos en las pruebas, constantes en la paciencia, entregados en la humildad; con otras palabras, quienes han recibido el Espíritu están fundados de tal modo en la caridad que son capaces, no sólo de corregir a los hermanos, sino incluso de juzgar el mundo¹⁰.

La Iglesia no tiene otra vida fuera de aquella que recibe de su Esposo y Señor, Jesucristo. La Iglesia, que lleva en vasos de barro este gran misterio, ha recibido la misión de anunciar, celebrar y experimentar este misterio de salvación en sus miembros, tal como se muestra especialmente en los santos. La efusión pentecostal del Espíritu en los orígenes de la Iglesia no tuvo otra finalidad que hacer memoria del Misterio de la vida, muerte y glorificación de Jesucristo, fortaleciendo a los apóstoles para el inicio de esta misión. Ahora bien, para discernir esta obra del Espíritu a partir de Pentecostés necesitamos acercarnos a las fuentes tratando de captar su perspectiva espiritual; no se trata de saciar nuestra curiosidad intelectual, sino el hambre y sed de santidad. El Espíritu es alimento espiritual, no entretenimiento cultural.

Llegar a conocer experiencialmente el amor de Dios Padre y la vida que Jesucristo anunció y nos entregó es la misión del Espíritu Santo. «Es el Espíritu quien da la vida; la carne no sirve para nada» (Jn 6, 63). Ahora bien, teniendo en cuenta el contexto de estas palabras advertimos que el Señor quiere vivificar nuestro espíritu y nuestro cuerpo, con la vida que brota de su mismo Cuerpo y Sangre. «El Verbo se hizo hombre y vino a habitar entre nosotros» (Jn 1, 14). Se trata de conocer a Dios Padre, a quien el mundo no ha conocido (Jn 17, 25), contemplando la humanidad de Jesucristo; se trata también de contemplar a los hombres con los ojos del Redentor, es decir, que el hombre y la mujer se salven en la única fuente de salvación, Jesús, ahora presente en la Iglesia, vivificada por el Espíritu.

La obra consoladora de Jesucristo durante su estancia terrena en este mundo es continuada ahora en la Iglesia por el Espíritu Santo. «Él es quien me glorificará» (Jn 16, 14), pues es el Espíritu quien nos recuerda el misterio de Cristo y nos da la capacidad de aceptarlo. La presencia del Espíritu en la Iglesia presencializa la misión física de Cristo, visible en su humanidad, de una forma invisible, mas continua hasta el final del mundo. «Yo rezaré al Padre y os dará otro consolador, que

10. Cf. S. BASILIO MAGNO, *In Isaiam* 3, 102: PG 30, 283-284.

permanecerá con vosotros siempre, el Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir, porque ni lo ve, ni lo conoce. Vosotros lo conocéis porque habita en vosotros y permanece con vosotros» (Jn 14, 16-17). En este sentido, el Espíritu es quien va abriendo camino a la Iglesia en el tiempo histórico; es verdad que de modos diferentes y con frutos diversos, pues no todos los bautizados, especialmente no todos los jerarcas, son igualmente dóciles a las mociones e inspiraciones del Espíritu Santo. «Él os anunciará las cosas futuras» (Jn 16, 13).

2. ACTUAL RENOVACIÓN DE LA IGLESIA POR EL ESPÍRITU

Podemos describir el contenido de la actual renovación pentecostal de la Iglesia como una corriente de nueva vida que se ha difundido en la Iglesia, como gozo, consolación y esperanza espiritual; se trata de una verdadera epifanía de los prodigios de Pentecostés en nuestro tiempo, que han multiplicado las energías apostólicas de una Iglesia entregada a la nueva evangelización. Es cierto que las efusiones del Espíritu Santo han sido continuas en la historia de la Iglesia, pero después del Concilio y en el contexto del secularismo desacralizador que ha invadido a muchos consagrados era preciso poder alegrarnos en este nuevo día y en esta Iglesia, esposa renovada, santa y sin mancha, sacramento de salvación para todo el mundo.

Este Pentecostés permanente de la Iglesia se ha manifestado en el posconcilio como una liberación desde su interior de fuerzas espirituales que están capacitando a muchos bautizados para continuar el anuncio de Jesucristo en nuestro mundo concreto; nos encontramos ante personas convencidas, cuya transformación no ha sido debida sólo a la enseñanza recibida, sino sobre todo a alguna experiencia del Espíritu. Y las señales que nos permiten discernir estos prodigios como consecuencia de la presencia del Espíritu en la Iglesia es el conjunto de frutos que están produciendo, reconstruyendo la Iglesia y devolviendo la esperanza y la alegría a muchos bautizados y consagrados, que vuelven a confiar en el cumplimiento de las promesas recibidas de Dios. Verdaderamente, la Iglesia y el mundo en nuestro tiempo tenían necesidad de una intervención especial del Espíritu Santo.

Estos datos anteriormente señalados prueban que la Iglesia es memoria y presencia continua de Pentecostés; lo que aconteció en la experiencia histórica de Pentecostés sigue aconteciendo actualmente en tantos nuevos testigos de Jesucristo, Señor y Salvador. Pentecostés continúa actualmente, escondiendo y revelando el secreto de la vida de la Iglesia. Estamos viviendo un tiempo privilegiado del Espíritu, no por la curiosidad que ha despertado en muchos hombres, sino particularmente por lo

que Él está realizando en la Iglesia; no fue una coincidencia que el inicio de la misión evangelizadora y sacramental de la Iglesia comenzara en aquella mañana del primer Pentecostés.

Los Nuevos Movimientos Eclesiales son un fruto esplendoroso del Espíritu Santo y la prueba de cómo Dios ha escuchado las plegarias de tantos cristianos, pidiendo que el Concilio Vaticano II fuera un nuevo Pentecostés en la Iglesia¹¹. Me refiero al Camino Neocatecumenal¹², Comunión y Liberación, los Focolares, la Renovación Carismática, etc. Y lo que me ayuda a discernir estos y otros movimientos como signos del Espíritu es el conjunto de frutos que están produciendo en la Iglesia, sobre todo la energía apostólica que muestran en la nueva evangelización, que es la urgencia más importante de la Iglesia Católica en nuestro tiempo. Además, son una respuesta a las carencias de la Iglesia en el Posconcilio; son como un viento de aire fresco en el campo de la espiritualidad tan necesario en medio de la aridez producida por el secularismo y la desacralización posconciliares.

Sorprenden las notas que caracterizan el crecimiento numérico de los adeptos, pertenecientes a todas las clases sociales y estados eclesiásticos, a estos Nuevos Movimientos Eclesiales, que son cuerpos religiosos extraños pues muestran una gran discontinuidad doctrinal y espiritual con la cultura religiosa que les rodea. Su atracción se basa en la fuerza con la que se oponen al laicismo dominante y la oposición que generan. Las conversiones entre los alejados son numerosas en quienes advierten las crisis que afectan a instituciones otrora gloriosas de la Iglesia, como las Órdenes Religiosas. Curiosamente, hay cierto parecido entre los motivos de la expansión primitiva del Cristianismo y el éxito de los Nuevos Movimientos Eclesiales¹³.

El fundamento de la Renovación Carismática es la efusión del Espíritu¹⁴. Aquí se origina y se fundamenta el cambio personal en quienes han experimentado el don de la Renovación Carismática. La efusión del Espíritu, recibida por alguien adecuadamente dispuesto, es

11. Soy consciente de las críticas que padecen estos Movimientos Eclesiales, pero la beligerancia es, no obstante los defectos que existen en toda organización donde haya personas humanas, una prueba de su fuerza evangelizadora. Cf. G. URQUHART, *Le Armate del Papa*, Ponte alle Grazie. Florencia 1996; T. BAFFOY-A. DELESTRE-J.P. SAUZET, *Les naufragés de l'Esprit. Des Sectes dans l'Eglise catholique*, París 1996.

12. 15.000 comunidades presentes en 5.000 parroquias de 800 diócesis de los 5 continentes; 35 Seminarios *Redemptoris Mater* y más de mil familias itinerantes en misión. Cf. *Un Camino para volver a descubrir el Bautismo. Kiko Argüello habla del Neocatecumenado*, en «30 Días» XI, 122 (1997) 42-49.

13. Cf. R. STARK, *The Rise of Christianity*, Princeton 1996.

14. Cf. F.A. SULLIVAN, *Charisms and Charismatic Renewal. A Biblical and Theological Study*, Ann Arbor, Michigan 1982 (existen versiones italiana, 1983, y francesa, 1988); *Pentecôtisme. Dictionnaire de Spiritualité*, tomo XII/1, Beauchesne, París 1984, col. 1037-1052.

eficaz y produce consecuencias concretas y sensibles, como la necesidad de la Palabra de Dios, la presencia cercana y amorosa de Dios, el gozo de la obra de Dios en la vida de los santos, la fortaleza espiritual, y la confianza en Dios que permite apoyarse en él; en fin, la vida deja de ser una carga y comienza a ser una prueba del amor de Dios; incluso los mandamientos ya no son pesados (1 Jn 5, 3) y lo que se busca ante todo es no contristar al Espíritu (Ef 4, 25).

La Efusión del Espíritu no siempre es eficaz, pues no es un sacramento, sino que depende de las disposiciones y de la vocación que cada uno ha recibido de Dios. Las disposiciones son: deseo ardiente de Dios, de conocer y cumplir su voluntad, abandonándose en la Providencia divina; conversión, compunción y quizá confesión; esto nos lleva a sabernos pobres y a ser humildes. El Espíritu, extraño a la ira y al odio, apaga el fuego de la violencia y reconstruye la amistad; e invita a no resistirse al mal y a no perder nunca la calma.

El Espíritu vive en la Iglesia y en los corazones de los hijos fieles de Dios. Es lógico que el primer fruto de la renovación del Espíritu sea una experiencia de una presencia nueva, sorprendente y cautivadora en el interior, que impulsa a abandonarse en Él, y el así invadido se encuentra lleno de una fuerza nueva, que lleva a confiar plenamente, nunca en las fuerzas humanas, sino en el poder estupendo de Dios, que puede cambiar las circunstancias de la historia y las condiciones humanas de los corazones. No se trata de programas o documentos pastorales, sino de la espontaneidad y novedad de las realidades divinas, que se caracterizan por la interioridad. Es una manera de describir el don de la gracia y de la caridad que hacen gratos a los hombres para Dios, y también los carismas que capacitan a los hombres para convertirse en instrumentos de Dios para el bien de la comunidad eclesial y de todos los hombres.

3. LA EFUSIÓN DEL ESPÍRITU EN LA IGLESIA DE AYER Y DE HOY

Los Santos Padres hablan de la efusión del Espíritu en relación con quienes están recorriendo el camino de la conversión, pues esta efusión sólo la reciben quienes han optado verdaderamente por el seguimiento de Jesucristo y avanzan por el camino de la santificación. «Para que alguien sea apto y esté dispuesto a recibir el Espíritu Santo es preciso, no sólo que posea un perfecto dominio de las propias pasiones, sino también que tenga en el alma una cierta inclinación a aceptar la acción del Espíritu»¹⁵. «La vida de quienes llegan a ser discípulos del Señor se purifica por medio de la observancia de los mandamientos; y el Señor les otor-

15. S. BASILIO MAGNO, *In Isaiam, Proemium* 2: PG 30, 121-122.

ga la gracia de entrar en la contemplación de los misterios más profundos del Espíritu... Quienes pisan las cosas de la tierra para elevarse por encima de ellas son testigos de ser dignos del don del Espíritu Santo»¹⁶.

«Esto fue lo que indicó el Salvador diciendo que el vino nuevo no puede ser contenido en odres viejos, ordenando que llegáramos a ser odres nuevos (Mt 9, 17), es decir, que los hombres viviésemos una vida nueva para poder recibir el vino nuevo, vale decir, la novedad de la gracia del Espíritu Santo»¹⁷.

Cuando las falsas doctrinas y la conducta perversa ocultan el sentido de la vida cristiana no sabemos rezar y, por lo tanto, no recibimos la abundante efusión del Espíritu, que se ha prometido. «No participan de este Espíritu quienes no se nutren a los pechos de la madre Iglesia y no contactan con la fuente purísima que brota del Cuerpo de Cristo»¹⁸. Por eso enseña S. Jerónimo: «No todos los que han recibido el Espíritu tienen también la gracia espiritual. A cada uno se le concederá la participación en la variedad de los carismas en virtud de una adecuada efusión del Espíritu Santo»¹⁹. «Si alguno no ha recibido la gracia por estar ciego, no eche la culpa al Espíritu, sino a la propia infidelidad»²⁰.

Esta efusión del Espíritu a la que nos estamos refiriendo, con la visión característica de Dios que produce y con el cortejo de dones y carismas espirituales que la acompañan, origina en quienes experimentan los frutos de la Efusión una novedad de vida cristiana verdaderamente sorprendente. Esta novedad da solidez a la vida del cristiano y a la Iglesia de Jesucristo, por encima de los avatares y circunstancias históricas que nos rodean. Los que forman parte del más profundo cristianismo, además de creer en Cristo, reciben aquella unción que les hace idóneos para conocer todas las realidades espirituales. «De hecho, ya estaba anunciado, que vendría una novedad, que renovarí y vivificaría al hombre..., haciendo gozar a quienes la han experimentado de los dones que de ella proceden..., otorgando a los hombres aquellos bienes que incluso los ángeles desean contemplar»²¹.

El Espíritu regala al hombre un nuevo modo de creer, es decir, la fe que ilumina la vida presente desde la gloria futura, de manera que todas las realidades de este mundo se ven de un modo diferente, pues se les concede ver a Nuestro Señor con los ojos del corazón²². Con

16. S. BASILIO MAGNO, *De Spiritu Sancto* XXII, 53: PG 32, 167-168.

17. ORIGENES, *De Principiis* I, 3, 7: PG 11, 153.

18. S. IRENEO, *Adversus Haereses* III, 24, 1: PG 7, 966.

19. *Comm. in Ioel*, 2, 28: PL 25, 976.

20. S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesis* XVI, 22: PG 33, 949-950.

21. S. IRENEO, *Adversus Haereses* IV, 34, 1: PG 7, 1083-1084.

22. La expresión «ojos del corazón» la tomamos de San Basilio Magno, *De Spiritu Sancto* XXII, 53: PG 32, 167. Y San Teófilo de Antioquía habla de los oídos del corazón y de los ojos

todo hay que advertir que puede darse que alguien esté lleno de fervor espiritual, mas no tenga en el corazón la presencia sobreabundante del Espíritu Santo; es la diferencia entre la palabra cálida y la palabra profética, pues hay cristianos, que no obstante ser creyentes, permanecen carnales, sin haber llegado a ser establemente espirituales²³.

El cristiano necesita el consuelo del Espíritu Santo para no agobiarse en el combate contra las pasiones y poder producir frutos espirituales. De hecho, el cristiano está representado en aquel hombre que, siendo propiedad de Dios, «cayó en manos de los ladrones, y que el mismo Señor, después de haberle mostrado misericordia y haber vendado sus heridas, le recomendó al Espíritu Santo»²⁴. Y necesita también el cristiano la gracia espiritual para poder transmitir a otros la voluntad de Dios. «Porque es propio de los perfectos poseer tal alimento sólido»²⁵.

4. LA PLENITUD DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

La descripción que estamos haciendo de la Efusión del Espíritu tiene que ver, evidentemente, con los Sacramentos de la Iniciación Cristiana, pues el agua dispone el camino para el Espíritu Santo. Los bautizados conscientes del Espíritu en la intimidad de su ser poseen en el interior de su corazón la certidumbre plena de haber sido transformados. «Esto resulta de los sobresaltos, estímulos, señales de gozo y otras operaciones, como latidos suscitados por su gracia. De hecho, ningún ser humano sobre la tierra, que no haya sido bautizado, abunda en tal gracia y en tal energía; nadie puede jamás probar sensaciones tales, ni siquiera practicando todos los mandamientos y realizando obras inspiradas por la buena intención. Sólo quienes reciben en lo íntimo de su ser la gracia por el agua y el Espíritu y la custodian pura e incontaminada se les concede tener una tal experiencia»²⁶.

de la mente, con los que se percibe a Dios, cuando están iluminados por la victoria sobre los pecados. Cf. *Ad Autolicum* I, 2: PG 6, 1026-1027. Además de la fe dogmática está la fe experiencial o carismática, que se caracteriza por ver a Dios y su voluntad, recibiendo también el poder de realizar prodigios. Cf. S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesis* V, 11: PG 33, 519.

23. Cf. AMMONIO ALEJANDRINO, *Fragmenta in Acta Apostolorum*: PG 85, 1573; S. IRENEO, *Adversus Haereses* V, 6, 1: PG 7, 1137-1138. Hay personas que son utilizadas por el Espíritu, pero no asumidas, pues su vida sigue sometida a las pasiones mundanas. Cf. S. GREGORIO MAGNO, *Homiliarium in Ezechielem* I, 10, 42: PL 76, 903.

24. Cf. S. IRENEO, *Adversus Haereses* III, 17, 3: PG 7, 930.

25. PROCOPIO DE GAZA, *In Isaiam*: PG 87 (2.º), 1895-1896.

26. JERÓNIMO EL GRIEGO, *Fragmenta*: PG 40, 861-862. El signo del verdadero cristiano no es el frecuentar la Iglesia, no es el hacer la señal de la Cruz o recibir materialmente el Cuerpo de Cristo, sino el verdadero signo del cristiano es el don, el carisma y el tesoro que

Esta es la verdadera nueva creación del Espíritu Santo. «La Escritura reconoce tres clases de nacimiento en nosotros: el nacimiento corporal, el bautismal y el que procede de la resurrección. El primer nacimiento es oscuro, servil y pasional; el segundo es claro, libre y destructivo de las pasiones, en cuanto destruye en torno a nosotros lo que nos oprimía desde el nacimiento; el tercero es el más formidable e impetuoso, en cuanto que rápidamente recoge todo nuestro ser y lo pone ante aquél que lo formó para darle culto»²⁷.

«En el sagrado misterio del Bautismo, el alma es purificada con la ablución del agua; después de recibir la entrega del Símbolo y la sal de la sabiduría es fortalecida con la fe en la una y eterna Trinidad; es despojada de los antiguos vestidos y revestida del carisma de los diversos poderes y ungida con el olio del Espíritu Santo»²⁸. «En la bendición de la fuente bautismal se pide que venga el Espíritu Santo, para que, una vez otorgado el perdón de los pecados, el mismo Espíritu conceda el don de la adopción de hijos. De hecho, el Espíritu viene con la abundancia de sus dones, porque Él no deja nunca de llenar con sus dones el orbe de la tierra»²⁹. «El Espíritu Santo nos hace templos, nos diviniza, nos perfecciona, de modo que precede al bautismo y debe ser buscado después del bautismo»³⁰.

De todos modos llama la atención la insistencia con la que Siagrio de Aquileya enseña que el espíritu de Pentecostés es un don que no se recibe todo de una vez, de tal modo que esta gradualidad muestra el crecimiento ininterrumpido en el proceso de la santificación personal³¹. Comentando San Fulgencio de Ruspe la frase de San Pablo: «La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado» (Rom 5, 5), enseña: «Se trata de una donación espiritual que se añade a la caridad inicialmente presente en todos los hombres que con el bautismo han recibido el don del perdón de los pecados y de la adopción filial. De hecho, ya en el bautismo el Espíritu de Dios infundió en nosotros la fe y la caridad que nos capacitan para vivir virtuosa y piadosamente. Pero esta fe y esta caridad reciben un continuo incremento por parte del Espíritu, el cual con generosa

Dios concede e imprime en el corazón del cristiano por la gracia en el bautismo. *Ibid.* El bautismo del Espíritu nos reviste de la novedad de Cristo.

27. S. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio* 40, 2: PG 36, 359-362.

28. AONIO, *In Canticum Canticorum*. PLS 1, 805.

29. S. FULGENCIO DE RUSPE, *Contra Fabianum Fragmenta*, 29: PL 65, 794.

30. S. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio* 31, 29: PG 36, 167-168. El Espíritu se hace presente, primero, de un modo oscuro, y más tarde, de manera más evidente, hasta que llega a ser connatural en la vida cristiana. *Ibid.* 41, 11: PG 36, 443-444.

31. Cf. G. BENTIVEGNA, *Il Battesimo dello Spirito Santo. Testimonianze della Chiesa dei Padri*. Roma 1995, pp. 65-66.

liberalidad y de modo siempre nuevo no deja de llenar toda la tierra con sus dones. La Iglesia es la sede espiritual donde se reúnen los destinatarios de esta permanente efusión del Espíritu de los tiempos nuevos»³².

El Espíritu conduce al ágape de Dios Padre y a la Paciencia de Cristo. La participación asidua en el santo sacrificio eucarístico, místicamente celebrado en la Iglesia, nos enriquece el título de amor con el que nos presentamos ante Dios, que se hace presente, y cada vez nos regala un perfeccionamiento de la gracia espiritual que ya poseíamos. «Dado que Cristo por amor ha muerto por nosotros, también nosotros, cuando celebramos la memoria de su muerte durante el sacrificio, pedimos que se nos dé por una efusión del Espíritu Santo la misma caridad con la cual Cristo aceptó ser crucificado por nosotros, de modo que también nosotros seamos imitadores de la muerte del Señor»³³. Identificando la efusión del Espíritu con la presencia del reino de Dios, éste se actualiza cada vez que en el Padre Nuestro pedimos: «Venga a nosotros tu reino», es decir, el Espíritu Santo³⁴.

Es importante captar en estas reflexiones patrísticas cómo es un cristiano normal, pues es frecuente haber recibido el Bautismo y no haber experimentado estas realidades espirituales. Aquí surge la necesidad de un Catecumenado posbautismal para que se personalice la conversión y la opción verdadera por Jesucristo. Además, es necesario advertir que el cristiano normal es quien vive en el Espíritu y en el que se advierten los frutos del Espíritu y no los de la carne (Gál 5, 16-25); también en él se manifiestan los dones y carismas del Espíritu (1 Cor 12, 1-11). Las experiencias del Espíritu según el contexto de los Hechos de los Apóstoles y de los santos de todos los tiempos son para nosotros un modelo permanente. En fin, ha sido gratificante haber dedicado estas reflexiones a buscar el rostro de Dios en medio de nuestra historia, pues hemos advertido la necesidad de renunciar al mal y elegir de corazón el bien para vivir en el discernimiento gozoso. «Se establece en los corazones de aquellos en los que habita establemente el Espíritu Santo una especie de alegría constante»³⁵.

32. *Ad Monimum* 2, 8-9: PL 65, 187. Los dones del Espíritu pueden aumentar o disminuir en nosotros debido a nuestra capacidad.

33. FULGENCIO DE RUSPE, *Contra Fabianum Fragmenta* 28: PL 65, 789.

34. Cf. S. MÁXIMO EL CONFESOR, *Expositio orationis Dominici*: PG 90, 885-886.

35. DÍDIMO EL CIEGO, *De Spiritu Sancto* 25: PG 39, 1056. «Hablamos de júbilo cuando la alegría del corazón no consigue expresarse eficazmente por la boca y la alegría se expresa en modos tales que incluso aquél que se alegra carece de capacidad tanto para esconderla como para explicarla». S. GREGORIO MAGNO, *Moralia* 28, 15: PL 76, 468.

